

Lutero bendijo con los ojos llenos de lágrimas á su bienhechora, dirigió pláticas evangélicas á su hijuelo y á los muchachos que le acompañaban y se apercibió á dejarlos.

La buena viuda, que habia entrevisto un alma sensible al través de las lágrimas, entrevió un alma inteligente al través de la conversacion; y prendada de aquellas salidas súbitas, de aquellas respuestas profundas, de aquellas ideas luminosas, del vario decir y del intenso pensar de este hombre súbitamente aparecido á sus ojos, rogóle que se quedara y que reconociera en aquella casa como una segunda vivienda. Figuraos el despeñado encontrando una mata tenue á que asirse en los bordes del abismo; figuraos el náufrago agarrado á la última tabla de salvamento; figuraos el envenenado que recibe el residuo de providencial antídoto; figuráoslos á todos ellos en el anhelo de la última agonía devueltos á la vida; y tendreis una idea ligerísima de la satisfaccion experimentada por Lutero, pasando de la miseria al bienestar y de la indiferencia al cariño. Allí leyó aquel dístico aleman, puesto luego como divisa en las portadas y márgenes de sus libros, aquel dístico que decia: «nada tan dulce sobre la tierra como el amor de las mujeres para quienes merecen obtenerlo;» allí aprendió á tocar la guitarra, la flauta, el órgano, el salterio y tantos otros instrumentos como luego acompañaron de dulces armonías sus combates intelectuales y dieron alas para volar por lo infinito á sus innumerables ideas; allí estudió la gramática, la retórica, la poesía, la elocuencia bajo la direccion del renombrado catedrático Trebonio, el cual hablaba con la cabeza descubierta en homenaje á los grandes hombres que habian pasado por sus aulas; allí adquirió todas las ciencias compañeras del sentimiento, necesarias para la expresion de la belleza que ha menester un predicador y un apóstol. Pero todas estas ventajas no borraron en su alma los primeros momentos de su infancia, aquellos padres severos, aquella educacion ceñuda, la miseria que le acompañó toda la vida, la angustia de las separaciones y de las ausencias, el menosprecio á su cántico, la necesidad de pedir inútilmente una limosna, todas las congojas que le asaltaran á una en la edad decisiva del hombre y que le apercibieran á los combates sin tregua, á las invectivas sin tasa, á los golpes mortales dados y recibidos como en una guerra verdadera, á las salidas de mal humor irremediable, á las tristes asperezas de su complexion agria y



EL JÓVEN LUTERO Y SUS COMPAÑEROS EN CASA DE URSULA COTTA (reproduccion de un antiguo dibujo aleman)

acerada, al continuo deseo de pelea intelectual que le aquejó durante toda su existencia, al disgusto en medio de las mayores victorias, á la desconfianza en el auge y en el apogeo de sus fuerzas, al menosprecio por el infortunio, á la implacable resolucion en sus mas tremendas decisiones, á la energíá de su voluntad, á todas sus cualidades y á todos sus defectos.

No se contentó Lutero con las ciencias adquiridas en Eisenach; marchóse en el año primero de la inmortal centuria décimasexta á Erfurt, para completar todo cuanto necesitaban su inteligencia y su ánimo. La primer materia, que ocupó su entendimiento, fué la dialéctica, en la cual sus facultades intelectuales se aguzaron mucho y recibieron ese acerado filo para la contradiccion y la polémica, que constituye, á no dudarlo, uno de sus mayores timbres y de sus mas duraderas glorias. Luego interpretaba los libros varios de la antigüedad y los leía comentándolos. La historia en Tito Livio, la filosofía y la política en Ciceron, la poesía en Virgilio dábanle alimento sabroso para su inteligencia. Los conventos de Erfurt estaban llenos de Bibliotecas; y las Bibliotecas enriquecidas con manuscritos, en los cuales competian los adornos é ilustraciones, las letras primeras de los capítulos y las varias guirnaldas de los márgenes con el mérito de la materia y del texto. En Erfurt encontró la historia de «Ana y de su hijo Samuel,» entre aquellos manuscritos; y fué tanta la conmocion llevada á su alma por este sencillo relato bíblico, que desde entonces, se consagró con fe á la lectura y contemplacion de los libros santos. Parecíale cosa baladí el derecho romano en comparacion con las leyes del decálogo; parecíale mezquina la poesía clásica en comparacion de la poesía profética; parecíanle todos los pensamientos profanos inútiles y vacíos en comparacion de los pensamientos religiosos; y vencidos ya todos los obstáculos y allegada la ciencia necesaria á su vida y sentado en la cátedra con sus profesores, sentia un gran desasosiego, como si algo le faltara; y en su inquietud, en su tristeza, en sus desencantos, soñaba con volar por nuevos cielos y ver en vision beatífica nuevas y luminosas ideas.